

quereis creer á mí, á lo menos creed á mis obras, y por estas conoced y creed que el Padre es en mí, y yo en el Padre. Primero les habia dicho, creed á las obras, ahora les vuelve á decir: porque conozcais y creais, lo que vale tanto como si dixese: creed, para que conozcais y creais: la sentencia es: si no me creeis á mí, creed á las obras, para que creyendo vengais en conocimiento de que el Padre está en mí, y yo en el Padre; y así quiere concluir, que es verdad lo que dixo: yo y el Padre somos una misma cosa, y que sin razon le quieren apedrear, por quanto él no ha blasfemado como ellos pensaban; y así usando de razon, y de la divina operacion, sin huir ni esconderse, impidió la malicia de sus enemigos. Debemos pues nosotros creer, para que podamos conocer, que sin duda el conocimiento es paga de la fé, y así creyendo entraremos á ver las grandezas del Señor; y conoceremos cómo el Hijo está en el Padre, y el Padre está en el Hijo. Y habeis de notar, que no decimos que el Hijo está en el Padre, y el Padre está en el Hijo de la manera que decimos, que Dios está en un varón santo, y un varón santo está en Dios: el Hijo está en el Padre, porque es igual al Padre en la magestad, y es de la misma substancia y naturaleza del Padre; mas el hombre está en Dios por participacion de su gracia, y así el hombre santo podrá decir: Dios está en mí: mas no podrá decir: Dios y yo somos una misma cosa: ni podrá decir, el que me ve á mí ve á Dios: porque esto á solo el unigénito Hijo de Dios conviene, el qual de tal manera está en el Padre, que es igual al Padre, y una misma cosa con el Padre, y con él goza de una misma gloria, y honra en unidad con el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amen.

Homilía del glorioso Doctor San Gregorio sobre el Evangelio que se canta en el Juéves despues del quinto Domingo de Quaresma: escribelo San Lucas en el capítulo 7. v. 36. dice así: *en aquel tiempo un Fariseo rogaba á Jesu-Christo que comiese con él, y entró en la casa del Fariseo, y se sentó á la mesa, &c.*

Quando me pongo á pensar en este misterio tan grande de María Magdalena, mas deseo me viene de llorar, que de hablar. ¿Qué corazon habrá en el mundo tan de piedra, que con las lágrimas de esta pecadora no se ablande, ó que con tal exemplo no se mueva á verdadera penitencia? Pensando María Magdalena en lo que habia hecho, no se puso á medir lo que habia de hacer. Entró en presencia de los convidados: vino sin ser llamada y ofreció lágrimas mezcladas con la comida. Pensad pues, muy amados hermanos míos, qué dolor sentia en su corazon, la que no se avergonzaba de llorar en medio de los convidados. Esta misma á quien el Evangelista San Lucas llama muger pecadora, y San Juan la llama María, creo yo que es aquella María, de la qual el bienaventurado San Marcos testifica que fuéron lanzados los demonios: porque claro está, que por los siete demonios no se entiende otra cosa sino toda la compañía de los pecados mortales. Y porque en siete dias se comprehende todo el tiempo, justamente por el número de siete se entiende qualquiera universidad. Decimos pues que María tuvo siete demonios, porque estuvo llena de todos los pecados; pero como abrió los ojos y vió la fealdad de sus culpas, corrió con mucha determinacion á lavarse en la fuente de misericordia, y no se avergüenza de los convidados que la miran. Era tanta la vergüenza que tenia, viendo las fealdades de lo interior del alma, que no veia con los ojos corporales cosa ninguna que la avergonzase. ¿De

qué nos maravillaremos mas, amados hermanos? ¿de ver á María cómo viene, ó de ver al Señor cómo la recibe, mejor diré de ver como el mismo Dios la trae como por fuerza? podremos decir que la trae y la recibe, porque la traxo obrando dentro de su alma con la misericordia, y la recibió usando exteriormente de su mansedumbre. Lleguemos ya al testo del Santo Evangelio, y veamos por qué orden viene esta muger á curarse. Prosigue: *traxo un alabastro de unguento, y estando detras postrada á los pies de Jesu-Christo, comenzó á regarlos con sus lágrimas, á limpiarlos con sus cabellos, y á besarlos, y ungirlos con el unguento.* v. 37. y 38. Notoria cosa es, muy amados hermanos, que esta muger ocupada en sus deshonestidades, tenia unguento hecho para ungir su persona, y halagar á los hombres con su buen olor: ofreció pues al Señor como buena lo que solia aplicar para sí como extraviada. Exercitaba sus ojos en codiciar las cosas mundanas; mas ahora lloraba quebrantándolos con la penitencia. Mucho tiempo habia ordenado los cabellos para hermosura de su rostro, pero ahora servian para enxugar los pies del Señor mojados con sus lágrimas. Muchas cosas de soberbia habia dicho su boca, mas ahora con la misma boca besaba los pies del Señor. En fin ofreció tantas maneras de sacrificios de su persona, como primero habia tenido para ofensas y regalos. Procuró que el número de los pecados se volviese en número de virtudes, para que sirviese á Dios en la penitencia, todo lo que le habia ofendido en la culpa. El Fariseo como mal mirado, viendo lo uno y lo otro, no solo reprehende á la muger pecadora que viene, mas tambien reprehende al Señor que la recibe, diciendo dentro de sí. *Si éste fuese Profeta, sabria verdaderamente qué muger es esta que le toca, y que es una pecadora.* v. 39. Mirad que el Fariseo, verdaderamente soberbio, y falsamente justo, reprehende á la enferma de la enfermedad, y al Médico del socorro con que la sana,

na; pero él no veia su propia enfermedad, de la soberbia grave que tenia. Estaba el Señor como Médico entre dos enfermos, mas el uno con toda la fiebre que pasaba, tenia sano el juicio; el otro con la fiebre del cuerpo perdió el gobierno del alma. La muger lloraba lo que habia cometido contra Dios; el Fariseo ensoberbecido con su falsa justicia, aumentaba siempre mas la fuerza de su mal: habia perdido todo el juicio con su enfermedad, pues no sabia conocer quán apartado estaba de la salud. Pero me arrebatan los gemidos, que entre estas cosas se me ofrecen, á pensar, cuántos hay entre los varones de nuestro estado, que armados del oficio Sacerdotal, en la hora que se esfuerzan á hacer alguna cosa virtuosa, por baxa que sea de quilates, levantados al punto con la soberbia, menosprecian á los subditos, y se desdeñan en gran manera de los hombres pecadores que ven en el pueblo, sin tener compasion alguna de ellos, aunque los vean venir á penitencia de sus pecados; é imitando el error de este Fariseo, no consienten ser tocados de los pecadores. A la verdad, si aquella muger que llegó á los pies del Señor, se llegara á los pies del Fariseo, la desecharia de sí con desprecio: porque él creeria que se podia ensuciar con el pecado ageno. Porque no tenia en sí justicia verdadera, le manchaban los pecados de los otros. Es necesario pues, que siempre que viéremos que algunos han caido en pecados, nos lloremos primero á nosotros mismos pensando en ellos: porque por ventura, ó hemos caido, ó podemos caer en las culpas en que ellos estan. Y si no hemos caido en tales errores, y por ser jueces, puestos para castigar á los malos con la virtud de la justicia, nos vemos precisados á corregirlos; en tal caso es menester, que con mucha solicitud procuremos castigar los vicios, teniendo compasion de las personas que en ellos cayéron: porque en quanto pecador, es razon que le castigemos, y en quanto próximo, que le amemos, y nos compadezcamos de él. Vi-

niendo pues el pecador ya en conocimiento de su culpa, á hacer penitencia de sus pecados, podemos decir: nuestro próximo no es pecador; pues ordenando en sí mismo la divina justicia contra sus pecados, castiga ya lo que la divina justicia reprehende. Pero conviene que oigamos la sentencia que el Señor da sobre este Fariseo, tan vano y tan soberbio. Le propuso una comparacion, ó exemplo de dos deudores, de los quales el uno debe mas, y el otro debe menos, y le preguntó: qual de estos dos queda mas obligado al Señor, que á entrambos perdona las deudas: á estas palabras responde el Fariseo sin detenerse: *aquel ama mas, á quien mas es perdonado.* v. 43. Hemos de notar, que dando el Fariseo una sentencia de su condenacion, es como el frenético que lleva consigo la sogá con que le ahorquen. Junto con esto, le contó el Señor los bienes que hizo la muger pecadora, y los males del justo falso diciendo: *entré en tu casa, y no diste agua á mis pies; esta muger los ha regado con sus lágrimas, y los limpia con sus cabellos. No me diste beso de paz; ésta, despues que entró, no ha cesado de besar mis pies. No ungió mi cabeza con aceyte; y ésta ha ungió mis pies con unguento.* v. 44. á 46. Y despues de haber contado las obras de la buena penitente, prosigue la sentencia: *y por tanto te digo, que le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho.* v. 47. ¿Qué pensais, hermanos míos, que es el amor sino fuego? y el pecado no es sino escoria. Por tanto, dice aquí el Santo Evangelio, se la han perdonado muchos pecados, porque amó mucho. Quiere decir á las claras: esta muger ha puesto fuego á la escoria de sus pecados, porque está muy encendida en el fuego del amor. Y á la verdad la escoria del pecado tanto mejor se consume, quanto es mayor el fuego de amor que se enciende en el corazón del pecador. Y así vemos cómo esta muger que vino enferma al Médico, fué sanada, y de su misma salud se causa la enfermedad para otros: porque los que estaban allí sen-

tados al convite, comenzáron á quejarse entre sí mismos diciendo: *¿quién es éste que perdona los pecados?* Pero el Médico soberano no suele desamparar á los enfermos, aunque los vea empeorarse con la medicina. Y confirmando con una sentencia de piedad á la muger que habia sanado, dixo: *tu fé te hizo salva, vete en paz.* v. 50. Hízola salva la fé, porque no dudó poder alcanzar lo que pretendia, mas tuvo primero la certidumbre de la esperanza en el mismo Señor, del qual despues pretendia la salud. La manda que vaya en paz, para que nunca mas se aparte del camino de la verdad, para ponerse en el camino del pecado. Así lo dixo el Santo Zacarías, *para enderezar nuestros pies en el camino de la paz.* Entónces enderezamos nuestros pies por el camino de la paz, quando vamos por el camino de las obras que son conformes á la voluntad de nuestro Criador. Hemos hablado, muy amados hermanos míos, hasta aquí segun la historia del Santo Evangelio: ahora me parece que será bien volver á buscar en la misma letra el sentido espiritual, y hallaremos que no es otro el Fariseo que presume de su falsa justicia, sino el pueblo judaico. La muger pecadora postrada á los pies del Señor pidiendo misericordia con lágrimas, no es otra cosa sino la gentilidad convertida al Señor. Vino la muger con el alabastro, y derramó el unguento, y se puso detras de los pies del Señor: rególos con sus lágrimas, limpiólos con sus cabellos, y no cesó de besar continuamente aquellos pies que lavaba y limpiaba. Sabed pues, que esta muger fué figura de nosotros mismos, si queremos con bueno y entero corazón volvernos al Señor dexando todos los pecados, si queremos imitar los gemidos de su penitencia. Por el unguento oloroso, no se entiende otra cosa sino el olor de la buena opinion que de nosotros hemos de procurar que se tenga: así lo testifica el glorioso Apostol diciendo: nosotros somos un buen olor de Jesu-Christo para Dios en todo lugar. Si vivimos bien, y de tal

modo que la Santa Iglesia, que son los fieles, sienta el buen olor de nuestras obras, no es otra cosa, sino que entónces derramamos el unguento oloroso sobre el cuerpo de Jesu-Christo. Mas advertid, que la muger estuvo detras de los pies del Señor, y esto denota que nosotros estamos contra los pies del Señor, todo el tiempo que durando en los pecados nos ponemos contra las pisadas que nos dexó de sus santos Mandamientos. Quando con verdadera penitencia nos convertimos á él, apartándonos de los pecados, entónces estamos detras de los pies del Señor, siguiendo sus pisadas los que ántes le eramos contrarios. Decimos que riega la muger sus pies con lágrimas: y lo mismo hacemos nosotros, siempre que nos compadecemos de los males de nuestros próximos, pues todos son parte del cuerpo místico de nuestro Redentor, y quanto mas pobres y mas miserables sean, tanto son mas semejantes á los pies: quando tomamos parte de los trabajos en que viven los siervos del Señor, y tenemos su tristeza por nuestra, sabed que regamos sus pies con lágrimas. Limpió esta muger con sus cabellos los pies del Señor, que habia lavado con lágrimas. Los cabellos son una superfluidad que nace del cuerpo, y son comparados á ellos los bienes de fortuna que tenemos en abundancia: porque como cortándonos los cabellos, no sentimos pena, ni nos hacen falta, así quitando de nuestros bienes de fortuna para los pobres, no nos hacen falta, y si tenemos caridad, no nos dan pena. Limpiamos pues los pies del Señor con los cabellos, quando movidos de piedad hacemos limosna á sus siervos, de lo que Dios nos ha dado: porque es justo que de tal manera tengamos compasion en el alma, que tambien la mano liberal lo muestre con la obra. Decimos que riega los pies del Señor con sus lágrimas, mas no los limpia con los cabellos, el que en alguna manera se compadece de la necesidad de sus próximos; pero aunque tiene aquella compasion, no por eso los socorre con cosa al-

guna de su hacienda ó su substancia. Decimos tambien que llora sobre los pies del Señor, y no los limpia, el que habla al próximo con palabras de compasion, sin darle algo con que remedie su pobreza. Besaba pues tambien la muger los pies que limpiaba, y nosotros hacemos lo mismo, si con amor verdadero amamos á los que con nuestras limosnas remediamos, de tal manera que no tengamos por pesada la necesidad de nuestro próximo, ni nos parezca carga que nos entristece el remediar su pobreza; ántes bien nuestro corazon ha de estar alegre, quando nuestra mano se extiende para el remedio de los pobres. Podemos tambien, muy amados hermanos míos, entender por los pies del Señor el misterio sacratísimo de su Encarnacion; y diremos que la divinidad tocó la tierra, quando tomó nuestra carne, porque así lo dice el Santo Evangelio, que el Verbo Divino tomó nuestra carne, y habitó en nosotros: y así besamos los pies de nuestro Redentor, quando con perfecto amor de nuestro corazon amamos el misterio de su Encarnacion. Ungimos sus sagrados pies con unguento, quando predicamos á los próximos el soberano poder de su humanidad sacratísima con buen zelo y caridad. Que el Fariseo, viendo esto se moviese á envidia, denota que el pueblo judaico, viendo que la doctrina del Señor se sembraba con tanto fervor entre la gentilidad, todo se emponzoñaba de envidiosa ira. Nuestro Redentor contaba las buenas obras de aquella muger, como si contara los bienes de la gentilidad, y esto se hacia así, para que mejor conozca el pueblo judaico el mal en que habia caído: y la reprehension que se da al Fariseo, va en tales términos, que muy bien se entiende por él (como diximos) el pueblo infiel de los Judíos. Dice pues, entré en tu casa, y no diste agua á mis pies; esta muger ha regado mis pies con sus lágrimas. El agua es una cosa, como vemos, que está fuera de nosotros: el humor de las lágrimas es cosa que está dentro de

nosotros, en lo que se nos demuestra, que aquel pueblo infiel de los Judíos no tuvo bondad de corazón para dar por el amor del Señor, ni aun las cosas que estaban fuera de él. Los gentiles, convertidos que fueron al Señor, no solo diéron por el amor de Dios los bienes de su hacienda, que era cosa que estaba fuera de ellos, sino diéron su propia sangre y vida por el amor de Dios. No me diste beso de paz: ésta despues que entró, no ha cesado de besar mis pies. Claro está que el beso es señal de amor: mas el pueblo infiel de los Judíos no dió beso al Señor, porque nunca le amó con verdadera caridad, aun quando le servia con algun temor servil. La gentilidad llamada por el Señor, no cesó de besar los pies de su Redentor, porque continuamente perseveró en su amor. En el libro de los cantares está escrito en persona de la esposa: béseme con el beso de su boca. Desea con gran razon la Santa Iglesia recibir el beso de la boca de su Criador, porque desea servirle con verdadero amor. Dice mas: no unguiste mi cabeza con aceyte. Pues por los pies del Señor entendimos el misterio de su Encarnacion, justamente por la cabeza entenderemos su gloriosa divinidad. Conforme á esto dice el Apóstol San Pablo: Dios es cabeza de Jesu-Christo. El pueblo de los Judíos confesaba creer en Dios, mas no creian en Jesu-Christo, porque le veian hombre verdadero. Dice pues el Señor al Fariseo: no unguiste mi cabeza con aceyte: porque no quiso predicar con el loor que fuera razon el poder de su divinidad, en la qual el pueblo judaico habia prometido creer: y dice mas: esta muger ungió mis pies con unguento, denotando que luego que la gentilidad creyó el misterio de su Encarnacion, comenzó á predicarla con muchos y grandes loores. Quando, nuestro Redentor concluyó de contar los bienes y virtudes de esta muger, añade una sentencia sobre todo, en la que dice: y por tanto te digo, que le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho: como si

dixese mas claramente. Aunque lo que se pone á cocer, sea muy duro, siendo el fuego del amor muy grande, basta para consumirlo todo. Es razon que en este misterio contemplemos la piedad grande de nuestro Redentor: las obras maravillosas de esta pecadora y tan gran penitente, que el Señor quiso contarlas al Fariseo, y guardar para sí la estimacion de ellas: todo en condenacion de la malicia del Fariseo, que se mostraba enemigo de esta grande penitente. Estaba el Señor sentado á la mesa del Fariseo, y comia con sabor las viandas que esta muger penitente le presentaba con toda el alma: en lo que fuera se veia, el Señor comia de las viandas que el Fariseo tenia en su mesa, mas en lo interior comia de lo que la pecadora ya verdadera penitente le ofrecia. Conforme á esta sentencia la Santa Iglesia, mostrando en los cantares que lo anda buscando baxo figura del hijo de los ciervos dice: muéstrame ¿en dónde está el que mi alma tanto ama? ¿á dónde se apacienta? ¿á dónde reposa al medio dia? Llama la Santa Iglesia al Señor Hijo de los ciervos, animales que buscan el retiro, porque segun la humanidad fué Hijo de los Santos Padres, de los quales procedia. Al medio dia es quando el fuego del sol mas reciamente quema, y el ciervo nuevo busca el lugar de la sombra, en donde el calor recio no tenga jurisdiccion. Porque en la verdad el Señor descansa en los corazones que no arden en el fuego mundano, y que no están quemados con el fuego ardiente de la carne: en fin busca almas, que encendidas en el amor soberano, no sientan el fuego de las cosas mundanas. Conforme es á esta santa doctrina, lo que dixo el Angel á María Sacratísima; el Espíritu Santo sobrevendrá en tí, y la virtud del muy alto te hará sombra. Busca pues el ciervo lugares de sombra para pacer al medio dia: porque en la verdad el Señor se apacienta en las almas, que estando templadas con la gracia soberana, no sienten el fuego mundano. Y así podemos

decir, que mas era lo que el Señor comía secretamente, y dentro de sí, de mano de la penitente, que lo que el Fariseo le daba: porque el Señor se habia recogido en el alma de esta verdadera penitente, despues que se habia puesto á la sombra de su gracia, y se alimentaba como el ciervo á la sombra, porque ya se habia apagado todo el calor de los vicios, y con la penitencia tenia el verdadero refrigerio de la gracia. Pensemos quán inmensa fué la piedad del Señor, que no solo permitió que la muger pecadora se acercase á él, mas aun consintió que le tocase los pies. Contemplemos pues la gracia que Dios por su misericordia nos hace, y condenemos la multitud de nuestras culpas. Mirad, hermanos que ve á los pecadores que le ofenden, y los sufre: ve que le hacen resistencia, y él tiene paciencia: no cesando siempre de llamarnos á penitencia por las palabras del Santo Evangelio. Desea ver que de todo corazon nos convirtamos á él para perdonarnos todos nuestros pecados, y así vemos que la misericordia de nuestro Redentor nos ha templado el rigor de la estrechura de la ley: porque en la ley estaba escrito: si alguno hiciere tal ó tal cosa, muera por ello. El que cometiere tal ó tal cosa, sea apedreado por ello. Vino la clemencia de nuestro Redentor, y quiere que al que confesare los pecados, le sea dado el perdon de ellos, y no solo los libra de la pena, mas les promete la vida: á esta muger que ha confesado sus culpas, no solo la recibió con amor, mas tambien la envió en paz, y sana de sus heridas: de tal manera que el Señor venció la dureza de la ley, y la traxo á punto de misericordia: pues libra con misericordia á los que la ley condenaba por justicia. Esto es lo que nos denotan las palabras de la ley, que dicen, que las manos de Moyses eran pesadas, y así escogieron una piedra en que se sentase, y luego Aron, y Hur sustentaban sus manos. Decimos pues, que Moyses está sentado sobre la piedra, quando la Ley de gracia reposa en la San-

ta Iglesia, y tuvo la ley las manos pesadas, porque no tenia misericordia con los pecadores, ántes los castigaba con mucho rigor. Aron se interpreta monte de fortaleza, Hur quiere decir fuego. Este monte de fortaleza, significa á Christo Redentor nuestro, del qual dice el Profeta: en los últimos dias estará aparejado el monte, casa del Señor en las alturas de los montes. Por el fuego se denota el Espíritu Santo, del qual hablando nuestro Redentor en el Sagrado Evangelio dice: yo he venido á traer fuego á la tierra. Sostienen pues Aron y Hur las manos pesadas de Moyses, y sustentándolas hacen que sean mas ligeras, quando Christo Redentor nuestro, medianero de Dios y de los hombres, viniendo á nosotros, traxo el fuego del Espíritu Santo, y hizo que los mandamientos de la Ley, tomados en el espíritu, nos fuesen muy ligeros: porque primero tomados á la letra, y carnalmente eran intolerables y pesados; y así hizo que las manos de Moyses fuesen ligeras, reduciendo á la virtud fácil de la confesion el grande peso de los Mandamientos. Ya nos dió el Señor noticia de como habia de hacer esta mudanza de los Mandamientos, trayéndolos del rigor á la misericordia, quando dixo: yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; y en otro lugar hablando el Señor con los Judíos en figura de nuestras almas les dice: si el hombre desamparare á su muger, y ella yéndose de con él, se casare con algun otro; por ventura la tal volverá mas al primer marido? por ventura la tal muger no quedará afeada? Pero, tú aunque con muchos maridos has cometido fornicacion, dice el Señor, vuélvete á mí que yo te recibiré. Mirad, que en esta figura de la muger torpe y afeada muestra que segun la ley no puede ser de nuevo recibida; pero este mismo caso tomado en la Ley de gracia nos denota, que por medio de la gran misericordia (que en la Ley de gracia se nos dió) el alma pecadora se ha casado con muchos vicios; mas el Señor